

82/3
9.

PA 2225
.A78
SG



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



CAPITULO I

Buscando habitación

Era una de las mañanas del mes de septiembre de 185... Por una desierta calle del barrio de San Germán, de esas que al parecer son construídas á propósito para el recogimiento y el trabajo, pasaba un joven con la mirada fija en los dinteles de las puertas para ver si alguna de ellas ostentaba el tradicional rótulo, generalmente escrito en los términos y ortografía siguientes:

HABITACIÓN DE SOLTERO

PARA ALQUILAR POR EL RESTO DE LA TEMPORADA

Dará rrasón el portero

Sabido es que las palabras que componen la última línea son trazadas á menudo de mano del portero; por esto se hallan en los mencionados rótulos irregular-

ridades que denotan en ese individuo tan honrado como arrogante un modo extraño de interpretar la lengua.

Cierto es que, si entráis y entabláis conversación con él, de buenas á primeras advertiréis que, si la escribe mal, todavía la habla peor, lo que no deja de ser una compensación, muy flaquísima por cierto.

Como decía, nuestra joven iba siguiendo sus investigaciones, cuando, al lado mismo de una gran puerta cochera y en lo alto de otra más humilde, leyó el hospitalario rótulo.

El desconocido entró en el zaguán, buscó lo que nunca se halla, esto es la llave de la cancela de la portería, y después de larga é infructuosa averiguación resignóse á esperar que el buen viejo—que tal debía ser el portero—tuviese á bien advertir su presencia.

Levantóse por fin el portero, colocó en una silla sus hormas y su tirapié, y después de haberse subido los anteojos algo más al norte de su escandalosa nariz, abrió y sin decir oste ni moste,

tomó una actitud que podía traducirse por un «¿Qué se le ofrece á V.?»

—¿No está por alquilar en esta casa una pequeña habitación de soltero?—contestó el joven á esta pregunta muda y echando mano de la interrogación de costumbre.

—Sí, señor.

—¿Cuánto?

—Seiscientos cincuenta.

—¿Qué piso?

—Cuarto.

—¿Y se compone?

—Hombre, se compone de una antesala, un pequeño comedor, dormitorio y de un cuarto que podría utilizarse para salón.

—¿Puede verse?

—Sí, señor.

El portero salió, cerró la puerta de la cancela se metió la llave en el bolsillo, tomó la del piso, miró si alguien venía y echó escalera arriba seguido del joven.

La habitación estaba libre y podía ocuparse inmediatamente: el joven pasó de una pieza á otra y examinó muy su-

perfidamente, dicho sea en honor de la verdad, si ofrecía ó no comodidades, ocupándose casi únicamente del papel, las puertas y los techos, que halló en bastante buen estado.

Por último el portero le hizo entrar en un cuarto tocador del que por olvido no había hecho mención, el cual miraba á un patio cuadrado cerrado enfrente por la pared de la casa vecina, en cuya pared había cinco ventanas colocadas perpendicularmente.

Dicho aposento acabó de decidir al joven, quien preguntó si los seiscientos cincuenta francos eran el último precio de la habitación.

—Ni un céntimo menos—respondió el portero.—Mire V., últimamente rentaba setecientos; si bien hay que decir que lo ocupaban dos, marido y mujer, gente por lo demás muy pacífica, y que cuando tuvieron que abandonar la casa experimentaron un gran disgusto. Pero como el marido ha sido nombrado miembro del Instituto, se han visto obligados á disminuir los gastos. Pero como íbamos diciendo, el casero, á trueque de tener por

inquilino á un soltero, no repara en sacrificar cincuenta francos. ¿V. es soltero?

—Sí.

—Pues quédese V. con el piso este; para un soltero está que ni pintado; mira á oriente y el sol no le deja en todo el día; tiene tres ventanas que dan á la calle, y un cómodo y desahogado gabinete también con una ventana, y en el que en caso de necesidad podría colocarse una cama para un amigo ó para un criadito; ¿Tiene V. criado?

—No.

—Pues si V. quiere, mi mujer ó yo cuidaremos del piso.

—Me conviene el piso este—dijo el joven saliendo á la escalera é interín el portero cerraba la puerta;—pero no doy por él sino seiscientos francos.

—Si no halla V. inconveniente en dejarme nota de su domililio, le llevaré la contestación que me dé el casero. Por lo demás, ya ve V. que la casa es muy tranquila. En el principal vive una señora anciana sola; el segundo está para alquilar, el tercero está vacío, y el de encima del de V. lo ocupa un joven su-

pernumerario del ministerio de Instrucción pública, llamado D. Alfredo; es decir lo ocupa, no lo ocupa, porque la mayor parte del año vive en provincias con su madre. Ahora lo que no consentimos redondamente en la casa, son gatos ni perros. ¿Cría usted animales?

—No.

En esto llegaron á la habitación del portero, el cual abrió, buscó algo sobre una cómoda en la que había dos jarrones con flores artificiales, dió á su futuro inquilino una pluma problemática que no favorecía lo más mínimo al ganso que la proporcionara ni al que la había cortado, colocó sobre su mesa una hoja de papel de cartas al lado de un tintero de porcelana que figuraba el emperador y tenía el depósito de la tinta en el sombrero, y el joven escribió las siguientes señas: «Eduardo Didier, calle, etc».

—Perfectamente—dijo el portero en leyendo la dirección. Mañana me pasaré por casa de V.,—continuó mientras conducía al joven hasta la puerta de la calle.—No necesito decir á V. que tanto el casero como yo estamos empeñados

en que en la casa no haya sino inquilinos pacíficos. Sabemos lo que son jóvenes; pero los hay que abusan, que reciben á... á mucha..., en fin á mucha gente que *hace* ruido, y entonces los inquilinos se quejan, y esto nos acarrearía serios disgustos.

—Yo no recibo sino á la gente estrictamente necesaria—contestó el joven alejándose.

El portero se sonrió de un modo insulso del que sólo los necios tienen el privilegio.

Pocos pasos había dado Didier, cuando se encontró un amigo que tres ó cuatro meses antes saliera de viaje y acababa de regresar hacia algunos días.

—¿De dónde vienes?—preguntó el recién llegado que se llamaba Edmundo L..., á su amigo, después de las primeras palabras arrancadas por la admiración y alegría de volverse á ver de nuevo.

—De ver un piso que acabo de alquilar.

—Yo estoy buscando uno. ¿Está lejos de aquí el tuyo?

—No.

—Pues si no te sirve de incomodo, subamos á verle; si me gusta y tú no te decides me quedará con él.

—Por desgracia,—contestó Eduardo,—es más que probable que yo lo tome.

—Sea lo que fuere, vamos á verlo.

Los dos amigos hicieron subir otra vez al portero, y una vez en la habitación, Edmundo quedó extasiado de ella.

—Amigo mío,—dijo á Eduardo,—desde hace ocho días que he llegado y estoy buscando habitación, y no he hallado ninguna tan linda como esta. ¿De veras vas á alquilarla?

—Ya te he dicho que sí.

—Lo siento en el alma. Y diga V.,—añadió dirigiéndose al portero,—¿no hay en la casa otra parecida á esta?

—No, señor; las demás son más grandes y más caras.

—Lo siento, lo siento de veras,—repetía Edmundo.

—Y qué tal el viaje, ¿te ha probado? —preguntó Eduardo á su amigo, mientras se dirigían escalera abajo.

—Sí.

—¿Te ha ocurrido algún lance?

—¡Ni uno! Como sabes, tengo veintidós años y hace dos voy en busca de una pasión; es inútil; en esto me pasa lo que con la habitación: no la hallo. Me fui á Italia, porque me decía que los franceses son los amantes naturales de las italianas, y para que lo sepas, todas se me reían en las barbas.

—De modo que has vuelto...

—Como me fui; pero ayer he escrito á una; y debo ir por la contestación.

—Que ésta sea como anhelas.

—Si no tomas el piso ese—repetió Edmundo al despedirse de Eduardo, mándamelo á decir.

—Está bien.

—Adiós.

Como se ha visto, Edmundo era un tipo; pero un tipo cócora. Nunca se ha visto hombre más tieso ni de más poca gracia que él; siempre vestía una moda atrasada; siempre parecía que el traje y él estaban en pugna abierta. Era uno de esos individuos á quienes las mujeres miran con horror, porque no teniendo

respecto de ellas más teoría que la de un colegial, al tratarlas quieren pasar por sollastres; pero como las mujeres conocen con quien se las han, si son de apacible condición se ríen de ellos, ó les ponen de patitas en la calle si son de malas pulgas. Si un amigo de Edmundo tenía una querida y por mal de sus pecados le presentaba á ella, podía darse por seguro que á los dos días aquélla le preguntaba:

—¡Pero hombre! ¿que clase de sujeto es ese que me presentó usted el otro día?

—Un amigo mío.

—Pues de mi parte puede usted decirle que al tomarse la libertad de escribirme lo que me ha escrito, me ha demostrado que era un impertinente, y que le prohibo que ponga aquí los pies.

Al principio algunos se incomodaron; pero cuando vieron que el mal era incurable nadie hizo caso, tanto menos cuanto las cartas del botarate no obtenían resultado alguno y las contestaciones que le daban las mujeres parecían inspiradas por un pensamiento mismo. En cuanto á Eduardo, con quien debemos

entablar más amplio conocimiento, era lo que se llama un buen muchacho, siempre y en todas partes recibido con halago. Suficientemente rico para vivir con independencia, pero estudiante de derecho para tenerlo de no hacer cosa alguna pronto á sacrificar la vida por un amigo, divertido, vivo, incauto, incapaz de sentir un amor formal y no soñando sino en una unión eterna, añadía á estas condiciones presencia arrogante y fisonomía burlona y pasajera impregnada de cierta melancolía, como si ante sus ojos hubiese visto pasar la sombra de su padre ó de su madre, esos dos afectos que abren las puertas de la vida á los demás y que él no conociera. Aun cuando el presente era para él apacible y el porvenir se le presentaba sereno, pasaba horas profundamente tristes, horas de esas en que el alma se reconcentra; en que en medio de las carcajadas del día y por entre los afimeros goces del mundo ve ésta alguna figura muerta, poetizada por el tiempo; figura que nos está mirando con los amantes ojos que iluminaron nuestra niñez y que paulatinamente se

va desvaneciendo hasta que nos la velan completamente las lágrimas.

En aquellos afectos que en lejanos días le dieran calor y en los cuales interesara pedazo á pedazo su corazón, concentraba Eduardo toda su vida en semejantes horas de recogimiento para hallar consuelo en su momentánea soledad. Mas ¡ay! que lo pasado derrama sin cesar sobre lo presente instantes de melancolía á los que no nos es dado sustraernos en modo alguno, á no ser que venga en nuestro auxilio algún amigo bullicioso.

No sabiendo Eduardo qué hacer en tales días, que precisamente eran aquellos en que el tiempo estaba sombrío, se recogía temprano y en medio de la soledad de su aposento alumbrado por dos bujías los recuerdos se convertían en sus huéspedes, y atrayéndole la mirada sobre un retrato, sobre un mueble, sobre cualquier fruslería, le hacían experimentar una de esas alegrías de la infancia que casi siempre terminan por convertirse en causa de tristeza; luego se acostaba, tomaba uno de los libros de nues-

tros poetas, con el cual poder hacer confianza de su tristeza, se dormía, y al día siguiente, si el tiempo estaba despejado, habían desaparecido las visiones y Eduardo volvía á ser el verdadero amigo de siempre.

Como se ve, era éste uno de esos tipos bondadosos y abiertamente parisien- ses, tan contados en realidad como abundantes en la apariencia. Su asistencia, muy poco asidua en verdad á la Escuela de derecho, y sus costumbres, un si es no es aristocráticas, le habían relacionado por una parte con estudiantes menesterosos y por la otra con jóvenes entregados al ocio; resultando que todos le querían, pues á los unos les prestaba con que ir á la Chaumiére, y á los otros sus agudezas, que ellos repetían por la noche á sus amigos ó á sus queridas, los cuales las celebraban grandemente.

Eduardo dió por terminada su tarea de buscar habitación, y se fué á almorzar; luego, y ya en su casa, comparó la futura vivienda con la que iba á abandonar, y al ver que, aparte del cambio, nada ganaba, empezó á sentir esa pesa-

dumbre que se apodera de nosotros cuando abandonamos nuestra habitación de soltero, por pequeña é incómoda que sea. Entonces nos acuden á la mente todas cuantas escenas se han desenvuelto en ella desde el día en que la ocupamos, las antiguas y cotidianas emociones que ha visto nacer y morir, flores de un día, abiertas entre cuatro paredes y que no tienen sino ese aroma al que apellidamos recuerdo. Todo lo echamos de menos entonces, hasta el piano insípido de la vecina, piano maldito que nos persigue á todas las casas que habitamos, maullando mañana y tarde la eterna y nunca aprendida escala; hasta el portero que por la noche nos entregaba nuestra palmatoria y nuestra llave y á veces una carta inesperada y que nos hacía bendecir casi por un igual la mano que en la nuestra la depositaba y la que la había escrito.

Por la noche de la víspera del desocupo y so pretexto de arreglar la ropa, nos recogemos temprano, en ocasiones acompañados de un amigo que viene á ayudarnos, pero comunmente solos. Una

vez en casa abrimos armarios y muebles. todo lo desarreglamos, todo lo manoseamos, y no sabiendo por dónde empezar, tomamos y dejamos mil objetos; luego, de improviso, al tirar de un cajón olvidado, encontramos una carta olvidada también, y tras la primera, otra, y otra después; entonces nos sentamos al reborde de la cama, y nos ponemos á leer aquellos renglones reflejo de lo pasado, interrumpiendo la lectura con monólogos mudos, iguales ó parecidos á éste: «Pobre muchacha! Era una buena chica aquella Luisa. Tal vez me quería. ¿Qué se habrá hecho de ella?»

De esta suerte, sin saber cómo y sin que hayamos hecho cosa alguna, se pasa la velada, evocando el grato recuerdo de mujeres que, sin pecar puede afirmarse, á la hora misma en que las traemos á la memoria están diciendo á otros las hechiceras y falsas palabras que en otros días nos dirigieron á nosotros.

Al levantarse el nuevo sol, y cuando sólo nos faltan dos horas para dejar desocupado el piso, todo está todavía en el mismo orden que la víspera.

Como es de suponer, el portero llevó á Eduardo una contestación afirmativa, en cambio de cuya contestación éste dió á aquél una cantidad en arras y sin pérdida de tiempo dió principio al desocupo.

Dos días después nuestro personaje estaba completamente instalado en su nuevo palacio de seiscientos francos anuales de alquiler.

CAPÍTULO II

El sacanete

Hacia poco más ó menos un mes que las cosas corrían por este carril, cuando,



La joven volvió por un instante la cabeza hacia Eduardo.

un día, Eduardo, al salir de su casa, vió entrar en la del lado una anciana, en la cual debemos decir que no fijó mucho la atención, acompañada de una joven tan bella, que al igual que una diosa lo ilu-